

NO SE LO DIGAS A KAFKA

La casa está a las afueras del pueblo, alejada de los otras, a unos pocos metros del poco transitado camino rural. La portezuela del jardín abierta al visitante. Bajo el frondoso parral enredado en un dédalo de alambres un hombre viejo está sentado en una silla de enea, delante de la fachada encalada de la casa. Se cubre con una boina negra y lleva una camisa blanca recién lavada y remangada a la altura de los codos. Entre las manos, colocadas delante del cuerpo, frente a la barbilla, sujeta el gancho de una garrota de madera vieja que golpea intermitentemente contra el suelo de tierra apelmazada que tapiza la lonja. Desde los labios un cigarro sin filtro eleva una fina y ondulante columna de humo hasta perderse, colándose por los intersticios del parral. Sobre el tejado comienza a ascender el disco rojo del sol, escalando lenta pero decididamente cada uno de las tejas del alero. Acuden allí los pájaros madrugadores a picotear a los gusanos, entre los matojos que nacen en los caballetes.

El hombre tiene el rostro afeitado, surcado de arrugas, denota gravedad y tristeza. Divaga perdida la mirada en el horizonte, desea oír a lo lejos el ruido del motor que le lleve a la ciudad a guarecerse del invierno en la casa del hijo, ahora que vive solo desde que murió su esposa. A su lado, contra la pared, dos maletas atiborradas de ropa y regalos para los nietos escoltan la espera, a escasa distancia de un comedero redondo. El hombre mira el reloj de bolsillo, el calendario de plástico pegado en el brocal del pozo, y piensa que su hijo ya debería estar a punto de llegar, que aún le queda tiempo para encender otro cigarrillo antes de llegar a la casa en la que su nuera le prohíbe fumar.

Como cada mañana ha comenzado regando el huerto, los parterres de rosas, los limoneros y los arietes de hierbabuena, le ha echado de comer al perro y ha llenado de agua el balde para que beba. A cada flor, árbol y mata, a cada surco y a cada caña le ha dicho adiós, se ha despedido de ellos como dos amigos que saben que van a tardar en volver a verse. Del perro no ha podido despedirse porque hace días que no ha vuelto del campo. Se va a la ciudad con la tranquilidad de que lo deja todo a buen recaudo, a cargo de los cuidados de Tomás, su vecino y amigo de toda la vida al que hace tiempo que no ve, aunque confía en que su esposa le haga llegar el recado que todas las noches le transmite antes de acostarse, cuando la mujer va a ver si le hace falta algo, si está bien, a dejarle la cena en la cocina, y él le dice que le dé un abrazo de su parte y que se mejore de su enfermedad, que

cuando vuelva en la primavera de la casa del hijo irán de nuevo juntos a pescar y a tomar unos vinos donde la Encarna. La mujer se calla que Tomás lleva meses enterrado, como el perro, y que la Encarna cerró el bar hace años. Le desea buen viaje y que le muchos besos a los nietos de su parte, y con el pañuelo se seca las lágrimas mientras musita un “hasta mañana” inaudible para el hombre.

A media mañana el panadero detiene el reparto en la puerta de la casa y le deja un bollo dulce para el viaje. Antes su esposa le preparaba el desayuno bien temprano para salir a los campos a pelearse con ellos y sacarles un jornal. Todavía nota su presencia en la cocina, y le habla, aunque no puede verla. Por la tarde, dos veces en semana, viene la chica del ayuntamiento y le hace las tareas domésticas.

Al declinar la luz el hombre sabe que el hijo no va a venir para llevárselo a la ciudad porque hace tiempo que murió, lo mismo que su nuera y sus nietos, en un trágico accidente de tráfico; recuerda el entierro de Tomás, a la Encarna subiendo en el taxi en el que se marchó a la ciudad, al perro atropellado por un coche. Pero ya no tiene otra cosa que hacer que esperar la muerte viviendo una ficción que le haga más llevadera la espera en tanto llega la hora de reunirse con los suyos. Al menos fingiendo esta demencia no está solo y consigue que sus vecinos se ocupen de él, que no le olviden, que no le abandonen. Y en medio de la soledad interminable de la tarde no puede menos que pensar en lo jodido e injusto que es llegar a viejo y estar solo y cuerdo. Y se acuerda del libro de Gregorio Samsa y piensa en la metamorfosis de la vejez que convierte a un hombre en un solitario insecto.

Empieza a refrescar. Coge la silla, entra en la casa y la coloca alrededor de la mesa, junto a las otras. No quiere que ninguno sus fantasmas se quede de pie durante la cena.